

Resulta difícil ocupar airoosamente la tribuna de la Sociedad Económica de Amigos del País en esta reunión inaugural de tan grata y bien perfilada fisonomía, porque raya en los límites de lo inasequible armonizar las dos contrapuestas solicitudes ambientales.

De un lado el grupo de adolescentes triunfadores en su aprendizaje del dibujo y de la taquígrafia, dominados por el nervosismo difícilmente reprimido, después de recibir el galardón que merecieron durante el curso precedente en las aulas de esta benemérita entidad. Yo me complazco en recordar, agradecido, que aquí mismo, hace más de cuatro lustros, estudié dibujo y aun conseguí un diploma, bajo la dirección de D. José María Sanz, aquel maestro<sup>o</sup> excelente y hombre bueno que Dios tenga en su gloria.

De otro lado un grupo reducido, pero selectísimo, de personalidades, de marciales de vaigambre honda, que acuden a escuchar una lección de elevado tono académico.

De tal manera esta tribuna de salón tan familiar y recogido, pero de tan severa dignidad—sitiales majestuosos, candelas de académico ceremonial, retratos de insignes varones presididos por el de la Majestad dieciochesca de Carlos III—; esta tribuna, digo, tiene ya tal solera, que el ocuparla infunde en el ánimo respeto extraordinario.

Mas no quiero ser falsamente modesto asegurando que con mi discurso se rompe hoy la tradicional dignidad de la disertación acostumbrada en este acto. Aspiro a mantener ese decoro dentro de mis posibilidades, que no son, ciertamente, extraordinarios.

Por ello he pretendido, a lo menos, ofrecer un tema lleno de valores humanos, pensando que cada uno de nosotros, como el dramá-